

PRESENTA JOSÉ SANZ Y DÍAZ:

El Cid en la obra del gran poeta colombiano D. Aurelio Martínez Mutis

El ilustre poeta de Bucaramanga, calificado por el eminente crítico Gómez Restrepo como «uno de los más grandes poetas del Continente americano», tanto por la calidad de sus obras como por el número inmenso de sus cantos», se encuentra desde hace varios meses en España y nos ha leído a los amigos una ambiciosa obra teatral que piensa estrenar en Madrid. Aurelio Martínez Mutis nació a finales de siglo y en 1932 fué solemnemente coronado en Colombia como poeta nacional. Ama con fervor hispánico a la madre España, a la patria católica y eterna, que levantó la Catedral de Burgos y parió a héroes de la talla del Cid Campeador. En su poema dramático, estrenado con gran éxito en Bogotá, sale a escena el caballero Rodrigo Díaz de Vivar, y le hemos rogado nos permita publicar en nuestro BOLETIN aquellos fragmentos principales en que interviene y habla el Cid. Gracias a su amabilidad podemos ofrecer a los lectores burgenses las primicias de esa obra inédita y desconocida en España, que se titula:

Los cuatro pasos de Gibraltar o Última salida de D. Quijote

(Letra y argumento de Aurelio Martínez Mutis. Música de los maestros Adolfo Megía,
Egisto Giovanetti y Angel Barrios)

1.ª ESCENA DEL ACTO FUNDAMENTAL

(Antes están los siguientes cuatro cuadros)

Gibraltar, año 711, cuando los sarracenos invaden la Península.—Granada, cuando los moros entregan su última plaza fuerte a los Reyes Católicos.—El mar Mediterráneo, cuando los moros desterrados se van.—El desierto africano, cuyas escenas conmovedoras concluyen con la danza africana, en que las beduinas llevan flores en la cabeza y los parejos llevan antorchas en la mano.

Ahora aparece la llanada manchega, con sus ventas y sus molinos de viento. Se oye un toque de clarín y redoble de tambores. Pasa un escuadrón de soldados cristianos. Junto con ellos

pasa también un escuadrón de soldados moriscos, que lleva un estandarte verde, en que está la Media Luna. Suenan los añafiles y la algarabía de los moros que entran en batalla.

(Aparece el Cid Campeador)

EL CID. — Exido soy de la Corte
et luenga traigo la barba;
agora así la terné
en señal de malfadanza.
Míos enemigos logran
del rey Alfonso la saña
et nos echan de Castiella;
pero a ojo se parava
una niña burgalesa
que la puerta bien cerrada
abre cuando me apropincuo
et dize «¡El Criador vos vala,
el de la barba vellida
que en buen hora ciñó espada!»
Otros fablaban essora
en mi pro, yente cristiana:
«Que buen vasallo si oviese
buen señor». Et con el alma
de los ojos fuertemiente
llorando, nos contemplavan
todas las yentes de Burgos.
Et Martín, la ardida lanza,
el buen Martín Antolínez,
que lidió siempre de cara,
raptando al Rey, de conducho
et vino et pan nos abasta.
Fasta la mesma corneja
es augur de venturanza.
Tornado soy a Castiella
e a la tierra que fué ondrada
et dicha Vandalucía;
pero non est yente vándala
agora en ella, ca vino
el moro con su algarada.
Vienen ellos cuesta ayuso.
Apriesa los gallos cantan
et quieren quebrar albores...
Pero es túrbida la albada,

que como en la silva oscura,
en nuestras tierras de España
se alonga la morería
e la seña musulmana
portan los ómes de Christo,
de Sant Yago et Calatrava.
Mis trescientos cavalleros
et mis leales mesnadas
non olvidan a Valencia
nin Golpejera nin Játiva,
nin la jura de Gadea
nin Morella, nin Llantada;
et vienen con los pendones
enastados en las lanzas,
palafres bien ensellados,
cintas las fuertes espadas,
para echar de nuestra tierra,
bermejos en sangre mala
los ejércitos moriscos
que infestan agora a España.
¡Alvar Fáñez, mesnaderos,
los atambores e adargas,
las señas e las lorigas,
los infanzones sin tacha,
los monjes del Santo Oficio,
las púrpuras toledanas,
en, ferid, alancead,
faced rabiosa batalla.
Dad firme; a vos acorrer
vey ¡Sant Yago, et cierra España!

ESCENA II

D. QUIJOTE DE LA MANCHA (*entrando en un galope tendido*).

¡Alto, señor caballero;
abajad vuestra tizona.
Si no, en singular batalla
sereis conmigo. No es obra
para estar de punta en blanco
la noticia estrepitosa
(nueva como los buñuelos)
de que «hay moros en la costa».

Muy mucho los conoceis:
lueñas tierras, larga historia
vos cataron en contienda
o en campaña de sus tropas.
Peca vuestra fe cristiana
(si don Rui Díaz perdona)
algunas veces por falta
y algunas veces por sobra.
Mandan los duendes traviesos
que vuestras velas se pongan
una a Cristo y otra al Diablo:
Sois nuestro a las veces, y otras
servís a los sarracenos
según convenga a la bolsa.
Don Alfonso es español,
doña Urraca es española,
pero medráis con don Sancho
y medráis con su corona.
¡ay! que desde el siglo onceno
rigen los Sanchos las cosas
y en las «bodas de Camacho»
de la política sórdida
dicen: «Como yo esté harto
y bien aito, me importa
igual que sea de perdices
o sea de zanahorias».
Ríome ansi mesmo, y juro
en nombre de mi señora
Dulcinea y de la ínclita
princesa Micomicoma,
que muy fallido cristiano
fuisteis, burlando la honra
de la palabra empeñada
cuando en Valencia, a las rojas
llamas echais al cadí
y os adueñais de su alforja.
Dáis razón al enemigo
como dió naves traidoras
la ira de don Julián
a las huestes de Mahoma.
Volved a Burgos, señor,

y descansad a la sombra,
en donde, bajo el laurel,
vuestro esqueleto reposa.
No se anda en glorias ajenas
quien puede perder la propia.

EL CID (*pronunciando lentamente y en tono sentencioso las primeras frases,
y con el índice extendido, señalando al suelo*)

No fuerais vos el espejo
de caballeros andantes
y estarias muerto... En tal guisa
antes de hoy no me habló nadie.
Ante la vuestra merced
e por Miguel de Cervantes,
magüer ser quien soy, confieso
que es preciso reportarse.
Pero ¿no véis, señor,
que nuestros reinos invaden
yentes que vienen del sur
e del norte e del levante?

(*con intención*) o es que pensais revivir
la justa do lanceatéis
los ejércitos de ovejas
o la batalla gigante
de los molinos de viento —
o el duelo de los batanes?
Mirad los galos que vienen
e los de allende los Alpes
e los de la blanca estepa

D. QUIJOTE.—(*Con voz grande y airada*)
Dejadlos que vengan todos
y por cantera y remate
se traigan al mundo entero,
pues tengo ánimo bastante
y lanza bien firme, para
darles a todos combate.

EL CID. —Pero hay un pueblo sagaz
de donde debe tomarse
enxemplo e rumbo, e quien tiene
entre sus manos las llaves
de Gibraltar... En la niebla,

la isla oscura de Macbeth
mira con ojos de esfinge
nuestro espantoso aquelarre...

D. QUIJOTE.—Asaz propio de Inglaterra
es que de su hacienda guarde:
¡que maneje la despensa
ya que es el ama de llaves!

EL CID. —Pero, hemos de ir a la muerte?
es necesario arruinarse
para ser justo?

D. QUIJOTE. —Nosotros
no medimos los pesares.
Que pesen y midan quienes
para oficios de esa clase
nacieron. La España eterna
se formó para el combate
de las olas y la siembra
de los altos ideales
y la doma de los monstruos
y la lid con los gigantes,
sin que emezca a sus intentos
que vaya a la postre a hallarse
como Orfeo en los infiernos
por ir en pos de los ángeles...

EL CID. —Pero luchemos nosotros
dos; que los demás se salven
de la hecatombe.

D. QUIJOTE. —El «Gil Blas
de Santillana»—donaire
a un tiempo hispano y francés—
refiere que hubo un bergante
físico, que a troche moche
sangraba a quien lo buscase,
fuera el alma o el ombligo,
la causa de sus pesares;
y tan crueles y sin número
fueron las sangrías tales
que, sin más, «doctor Sangredo»
se le llamó en adelante.
Pues bien: parece que hubiera

recetado aquel salvaje
(*con entonación burlesca*)
a todos los españoles...
Sea de ello lo que fuere
y aunque me duela y desgarré,
yo sé que de este espantoso
río salido de madre
quedará España más limpia
y más gloriosa y más grande,
porque en las obras del hombre
sean de gobierno o de arte
sólo vive y sólo es bello
lo que se escribe con sangre!